

CALLE DEL CHIRIMOYO



ENIA tres cuabras de largo, cerrada en sus extremos por los espesos muros del convento de las Claras, al oriente, y de las Agustinas, al poniente. Esta manera de estar cortada hizo que la denominasen al principio "calle tapada de las Monjas". Pero el transeúnte, siempre gráfico en la observación, al pasar por la calle del Rey, veía perfectamente la configuración de la calle, que, a medida que avanzaba, se iba ensanchando para volver a apretarse en el término y sugerirle la idea de un barril. De aquí que la imaginiería popular la llamase "calle del Barril"

El aspecto del callejón era pobrísimo. Sólo en las esquinas de Ahumada y del Rey cobraba cierta airosa gallardía con los pilares de ángulo de las bodegas, cuyas macizas piedras recortaban audazmente la escueta visión de los adobones del caserío. No había calzada, y el tránsito se hacía por la antigua huella, eternamente polvorienta en el verano y cubierta de lodazales en el invierno. Por allí caminaba la beata y la pobretona, de un convento a otro, lastimosa sobre su medio zueco. De tarde en tarde se sentía venir por la calle del Rey una calesa con mucha bullanga de campanillas, en dirección a la portería de las Agustinas. Por los postigos se asomaban rostros curiosos y la gente se paraba a comentar. Al rato se veía la figura jacarandosa de un padre y un nuevo murmullo de voces llenaba la calleja.

—Mira, niña, ¿no es el padre Ramón?

—Sí, misiá Chavela.

—¿Dónde irá a predicar mañana?

—Pues dicen que en las Agustinas.

—¡Ocurrencias tuyas! ¿No sabes, hija, entonces, que el padre Ramón es de nuestro partido? Un recoleto franciscano sólo predica en las Clarisas. Yo no tengo valor para dejar de llorar cuando le oigo. Muchas veces, antes que suba al púlpito, me pongo a lagrimear.

Eran las postrimerías del siglo XVIII. El capitán de un bergantín español había traído a Quillota el primer retoño de un árbol de las Antillas cuyo fruto era una pulpa alba y dulce, que le recordaba sus hambres sensuales de viejo lobo de mar. El marino, en viajes anteriores, sintió revivir su salud en el clima ardiente y húmedo de la aldea, que hacía prosperar algunos árboles que él viera en el trópico. Sintió la misma alegría de los negros pestosos cuando éstos, abandonados allí por los capataces, mordían el verde lúcumo o la jugosa naranja. Y se prometió, en una próxima travesía, trasplantar el árbol de la guanabana o de la chirimoya.

Y lo hizo así para que un quillotano, devoto de Nuestra Señora Santa Clara, trajese años después al convento en su petaca viajera, cuidadosamente retobado, el retoño de un chirimoyo nutrido en la huerta de su villa tropical.

Dió a la madre superiora las instrucciones:

—El fruto que da es para boca de santas como las clarisas; la médula es más dulce que la miel de caña y más blanca que la hostia. No plante el árbol a la intemperie, porque no resistirá el clima de Santiago, busque mejor la sombra de una muralla que lo libre de las heladas del invierno.

¿Siguió la madre clarisa los consejos del devoto quillotano? Diz que sí, pues, con el trascurso de los años, la huerta del convento llegó al apogeo de su prestigio aromático. Un chirimoyo florido se divisaba por encima de la pared, y sus ramas caían sobre las bardas hacia la calle tapada, y sorprendía al transeúnte con su penetrante olor que, como una oblación de las monjas, maceraba ensueños místicos y de amores terrenales.

La calle, sin historia, encontró el nombre que iba a responder durante largos años por la "del Chirimoyo".

En 1850 se abrió calle en el paredón de las monjas Agustinas hasta la de la Bandera, para comunicarla con la actual de la Moneda; veinticinco años después se hizo otro tanto con el monasterio de las Claras, uniéndose con la de Varela hasta el cerro Santa Lucía, y el Chirimoyo, arrancado de raíz por los barreteros, se llevó para siempre del lugar su aroma de leyenda.

